

Una vez sentados alrededor de la larga mesa de reuniones que ocupaba el centro del despacho de Don Republicano, los agricultores y el maestro Atanasio explicaron la razón de su visita y demostraron la confianza que tenían en que el nuevo banco central hiciera realidad el sueño de todos.

Pero una vez más debieron escuchar razones que no les agradaron del todo:

—Construir una represa para Rocolandia es sin duda la gran solución que nos hará mirar hacia el futuro. Pero no es el banco central el que puede prestarles el dinero —argumentó Don Republicano ante los cabizbajos visitantes—. Mi oficio aquí es cuidar que no haya ni mucho ni poco dinero en circulación y evitar la reaparición del “fantasma de la inflación” que tanto nos perturbó en el pasado.

—Bueno, de eso se trata —intervino un hombre con ojos color melaza—, usted nos presta el dinero y construimos una represa que con nuestro trabajo va a permitir desarrollar los campos y producir más en nuestro reino. ¡Eso es cuidar el valor del dinero!

—No, no me expliqué bien. La represa se puede construir, porque en el reino hemos ahorrado y contamos con recursos suficientes para hacerla. El problema es que debemos cuidarnos del impacto que tendrá este gasto sobre los precios. Recordemos que, en el pasado, el gasto excesivo sin producción trajo al fantasma de la inflación. Es mi obligación alertarles sobre este peligro.

Y añadió en seguida Don Republicano:

—Rocolandia se rige ahora por lo que los economistas llaman una “política monetaria”, es decir, un conjunto de decisiones y acciones que toma el Banco de la República para adecuar la circulación de monedas y billetes a las necesidades de la producción que creamos con nuestro trabajo. Me corresponde a mí, como autoridad monetaria del reino, velar por el cumplimiento de este sabio principio.

Un alboroto se escuchó en la enorme oficina. Todos se miraron anonadados y un poco molestos. De repente, un hombre bajito se dirigió acaloradamente a Don Republicano:

—Entonces el dinero no sirve cuando uno más lo necesita y de nada vale que su banco central tenga mucho guardado.

—Eso no es así, amigo mío —aclaró enérgico Don Republicano. El dinero sirve para mucho, pero mal administrado puede provocar consecuencias terribles sobre toda la población. Los gastos del Rey y el crédito de los bancos deben marchar al ritmo de lo que somos capaces de producir. No olviden que la economía es como un “subi-baja”. Cuando hay poco para vender y mucho dinero para comprar, las cosas aumentan de precio y se desata la inflación.

De nuevo un murmullo se sintió en la reunión, y Don Republicano concluyó:

—El Banco de la República tiene prohibido prestarle dinero a particulares.

Nuestras operaciones son con los bancos directamente. Cuando la economía necesita más dinero y es sana su inyección, el Banco de la República le concede créditos a la banca para que atienda las necesidades de sus clientes.

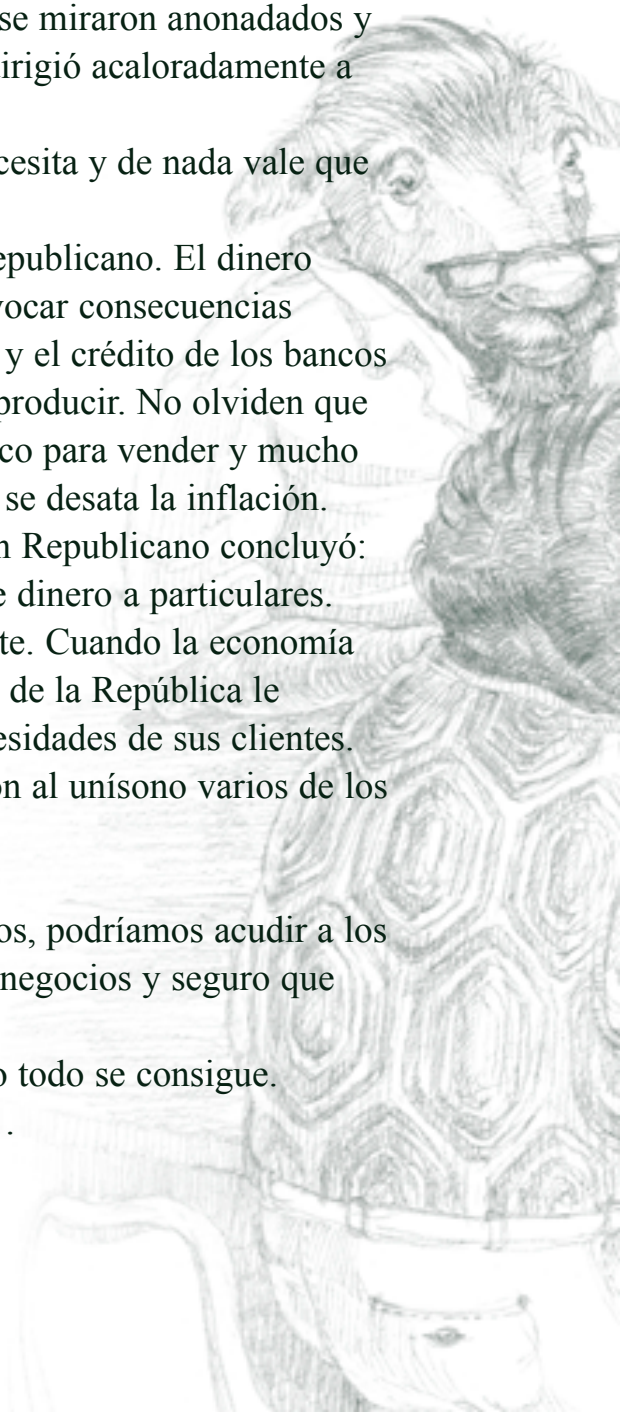
—Vamos a hablar con los bancos entonces, ripostaron al unísono varios de los visitantes.

El maestro Atanasio tuvo una magnífica idea:

—Y si no nos alcanzara con el préstamo de los bancos, podríamos acudir a los empresarios, que son gente muy interesada en hacer negocios y seguro que quieren invertir en una obra tan importante.


—No perdamos la paciencia, acordaron. Poco a poco todo se consigue.

Uno debe andar por la vida sin prisa pero sin pausa...









De nuevo en marcha y confiando en el buen consejo de Don Republicano, el maestro Atanasio y los agricultores acudieron a un banco privado, cuyo presidente, el señor Zamora, los atendió amablemente y prometió invertir: —Les cubriré una porción del costo a través de un crédito y ustedes deben conseguir el resto, además de las garantías que respalden ese préstamo. No olviden que deben hacer las cosas muy bien, pues el dinero que presta un banco privado proviene de los ahorros y depósitos de todos los habitantes del reino, incluso de los niños que han guardado sus monedas en alcancías. Ya sólo faltaba una parte del dinero y las garantías del préstamo, las cuales podrían llegar a cubrirse mediante la venta de agua a las familias, las industrias y los agricultores, ofreciéndose estos mismos ingresos en garantía al banco. La experiencia demostraba que hay que ser perseverantes. Los agricultores acudieron entonces a los empresarios, personas emprendedoras que siempre quieren ver crecer sus negocios.

A la primera que visitaron fue a Doña Clotilde, próspera empresaria del reino. Esta dudó por un instante, pero al comprender la importancia de la obra en la que invertiría, estuvo de acuerdo:

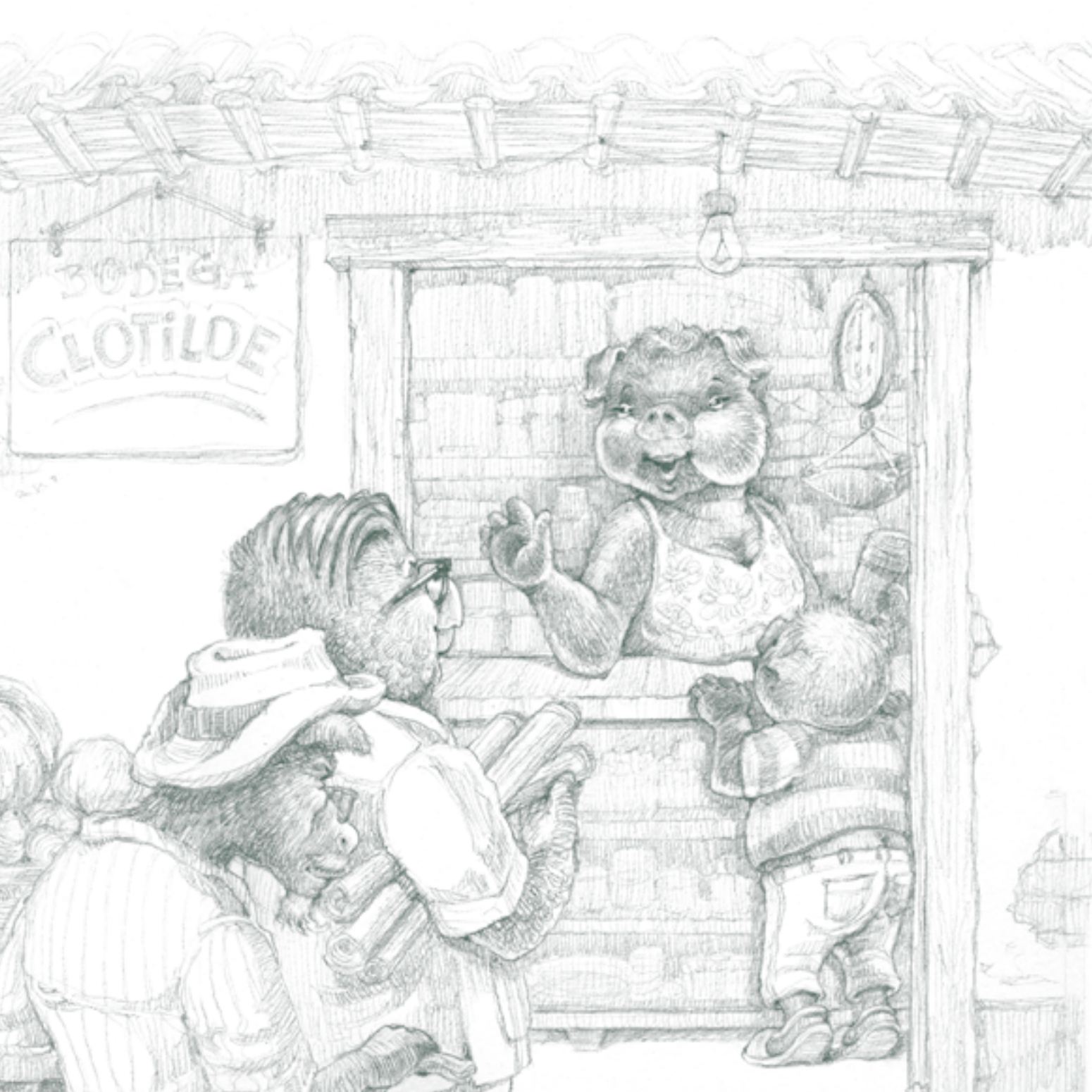
—Pues sí, voy a poner parte de mis ahorros para la construcción de la represa. Además, como empresaria me conviene invertir en una obra que al final me reportará beneficios, pues sin duda habrá más personas trabajando, la gente ganará más dinero, aumentarán las ventas y así crecerá la prosperidad de Rocolandia.

El señor Todolotrae no quiso quedarse atrás, y al ver que su amiga se comprometía, él también se sumó al negocio.

Pero el más entusiasta resultó ser Don Euforio, dueño de una gran industria, quien hizo un significativo aporte. Seguramente en su sueño rondaba el poder contar con mayor carga de energía eléctrica para expandir sus negocios.

Por fin la represa no sería un sueño.





BODEGA
CLOTILDE

